COLECCIÓN
LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS

EL ARTE DE VER LAS COSAS

JOHN BURROUGHS

TRADUCCIÓN DE ANA GONZÁLEZ HORTELANO

errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2018

© de la traducción, Ana González Hortelano, 2018
© Errata naturae editores, 2018
C/ Alameda 16, Bajo A.
28014 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-85-1
DEPÓSITO LEGAL: M-28657-2018
CÓDIGO BIC: DN
IMAGEN DE PORTADA: Mercedes deBellard
MAQUETACIÓN: A. S.
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

ÍNDICE

EL ARTE DE VER LAS COSAS 9

LOS PLACERES DEL CAMINO 35

EL SALVAJISMO DE THOREAU 55

LA FE DE UN NATURALISTA 65

EN BUSCA DEL RUISEÑOR 87

UNA PERSPECTIVA SOBRE LA VIDA 125

CAMPESINOS DE NUEVA YORK 149

LA AGUDEZA VISUAL 179

UNA VACA EN LA CAPITAL 207

LOS CANTOS DE LAS AVES 215

LA SEMILLA DE LOS DIOSES 235

LEER EL LIBRO DE LA NATURALEZA 253

LA VIDA SALVAJE ALREDEDOR DE MI CABAÑA 263

UN CAPÍTULO EGOTISTA 291

LAS COSTUMBRES DE LOS CAZADORES 311

APARTAR EL HIERRO DE NUESTRAS ALMAS 319

EL ARTE DE VER LAS COSAS

I

Mi intención no es tratar de decirle al lector cómo ver las cosas, sino simplemente hablar del arte de verlas, como se puede hablar de cualquier otro arte. Uno puede disertar sobre el arte de la poesía, de la pintura o de la oratoria sin esperanza alguna de hacer de los lectores u oyentes poetas, pintores u oradores.

La ciencia de una disciplina se puede enseñar o adquirir mediante el estudio; el arte relacionado con ésta llega con la práctica o la inspiración. El arte de ver las cosas no es algo que se pueda transmitir mediante normas y preceptos, es un componente esencial en el ojo y el oído, es decir, en la mente y en el alma, de los que éstos son sus órganos. Albergo la misma poca esperanza de poder decirle al lector cómo ver las cosas que la que albergaría de intentar

decirle cómo enamorarse o cómo disfrutar de su cena. O lo hace o no lo hace, no hay mucho más que hablar. Parece que algunas personas nacen con ojos en la cara y otras, con botones o canicas pintadas, y no hay ciencia que valga que pueda equiparar a uno y otro en el arte de ver las cosas. El vasto conglomerado de la humanidad, en este aspecto, es como la tropa de un ejército: dispara sin precisión en la dirección del enemigo y, si le da, es más una cuestión de suerte que de buena puntería. Pero siempre hay algún observador perspicaz, un tirador de precisión, cuyo ojo selecciona y discrimina, apunta y da en el blanco.

Incluso el pescador avezado parece que nace, no se hace; da la impresión de que conoce de manera instintiva las costumbres de la trucha. El secreto, sin duda, es el amor por esa práctica. El amor agudiza la vista, el oído y el tacto, acelera el paso, estabiliza el pulso, te pertrecha contra la humedad y el frío. Lo que amamos hacer, lo hacemos bien. Saber no lo es todo, es sólo la mitad. Amar es la otra mitad. Wordsworth se conformaba con disfrutar de aquello que otros entendían. Éste suele ser el talante de la juventud y de la naturaleza poética. El hombre de ciencia, por otra parte, se conforma con entender aquello de lo que otros disfrutan: ése es su deleite. Contemplación y asimilación para uno, investigación y clasificación para otro. Puede que todos tengamos acceso, en diferente medida, a una u otra de estas formas de disfrutar de la naturaleza: bien el placer receptivo y emocional que tiene el temperamento joven, artístico y poético, bien el placer a través de las facultades cognitivas que brindan

las ciencias naturales; o quizá, las dos en combinación, como lo estaban a buen seguro en un hombre como Tyndall[1].

Sin embargo, nada puede reemplazar al amor. El amor es la medida de la vida: sólo vivimos realmente en la medida en la que amamos. La variedad de nuestros intereses, la magnitud de nuestra empatía, la vulnerabilidad de nuestros corazones… si no es esto lo que mide nuestras vidas, ¿qué es? Con el paso de los años, todos nosotros nos vemos expuestos en mayor o menor medida a dos peligros: el peligro de la petrificación y el peligro de la putrefacción. O nos endurecemos y encallecemos, formándonos una costra de costumbres y convencionalismos que no deja que el más mínimo rayo de luz o de alegría nos alcance, o nos volvemos laxos y desorganizados, perdiendo el dominio de las verdaderas fuentes esenciales de la felicidad y el conocimiento. Ahora bien, no hay conservante ni antiséptico, nada que mantenga el corazón joven, como el amor, como la empatía, como entregarse con entusiasmo a una causa digna.

Si tuviera que señalar los tres recursos más preciados de la vida, diría que son los libros, los amigos y la naturaleza; y el más magnífico de todos ellos, al menos el más constante y el que siempre está a mano, es la naturaleza. La naturaleza la tenemos siempre con nosotros, es una mina inagotable de aquello que conmueve al corazón,

[1] John Tyndall (1820-1893) fue un destacado físico irlandés, conocido por su estudio sobre los coloides (N. del E.).

atrae a la mente y dispara la imaginación —salud para el cuerpo, estímulo para el intelecto y alegría para el alma—. Para el científico, la naturaleza es una mina de hechos, leyes y procesos; para el artista, es una mina de imágenes; para el poeta, es una mina de ideas y fantasías, una fuente de inspiración; para el moralista, es una mina de preceptos y parábolas; para todos, puede ser una fuente de conocimiento y de dicha.

II

En nada difieren más las personas que en su capacidad de observación. Algunos son conscientes sólo a medias de lo que ocurre a su alrededor. Otros, en cambio, son vivamente conscientes: su inteligencia y su capacidad de comprensión están siempre a pleno rendimiento en ojos y oídos. Lo ven y lo oyen todo, les concierna directamente o no. Nunca les pasa desapercibida una cara conocida por la calle, nunca son ajenos a ninguna peculiaridad, sonido u objeto interesante por el suelo o el espacio a su alrededor. Su capacidad de atención está siempre alerta, no mediante un esfuerzo consciente, sino por costumbre y disposición naturales. Parece que sus facultades perceptivas siempre están de servicio. Permean el mundo con una sensibilidad mucho mayor que otras personas. Todo lo que pasa ante ellos lo captan e individualizan al instante. Si viajan a un país por primera vez, ven los rasgos característicos de las personas y del paisaje de inmediato. Sus impresiones

nunca les resultan turbias o confusas. Su capacidad de observación recuerda a la vista y al olfato de los animales salvajes, sólo que si bien es el miedo lo que agudiza unos, es el amor y la curiosidad lo que aguza la otra. Una pava con polluelos ve a la rapaz cuando ésta no es más que un punto en el cielo; preocupada por sus crías, piensa en rapaces y está en guardia para protegerse de ellas. El miedo hace que su vista se afile. El cazador no ve la rapaz hasta que la pava no le llama la atención sobre ella porque sus intereses no están en juego, pero sí que repara en los animales salvajes de la llanura y la montaña —el wapití, el berrendo y el borrego cimarrón—, se dedica a acecharlos y su vista alcanza más lejos que la de ellos.

Podemos mirar de manera tosca y vaga, como la mayoría de las personas, percibir sólo masas y presencias extraordinarias, o podemos mirar de manera precisa y selectiva, captar lo diminuto y lo específico. En una colección de aves disecadas, el otro día observé que un zorzalito maculado estaba montado en posición de canto, con el pico abierto apuntando totalmente hacia arriba. El taxidermista no había mirado bien. El zorzalito canta con el pico elevado sólo un poco. ¿Quién no ha visto una ardilla roja o una ardilla gris corriendo por un árbol tronco arriba, tronco abajo? Sin embargo, muy pocos se habrán dado cuenta de que la posición de las patas traseras es la contraria en un caso y otro. Al descender, las tiene extendidas hacia atrás, con las uñas enganchadas a la corteza, para controlar y dominar la caída. En la mayoría de los dibujos, las patas se muestran dirigidas hacia adelante, debajo del cuerpo, en ambos casos.

Las personas a las que les gusta perorar de manera categórica sobre aves, flores y naturaleza en general no siempre son buenos observadores. En sus paseos, ¿ven algo que no hayan salido a mirar? ¿Se da algún avistamiento espontáneo o impremeditado? ¿Hacen descubrimientos? A toda ave o bestia se le puede dar caza, todo nido se puede hallar, si se rastrea; pero encontrar lo que no estás buscando, captar los tímidos guiños y ademanes allá donde mires, ver toda la acción secundaria que ocurre a tu alrededor sin perderte ningún movimiento ni detalle importante, atravesar todas las barreras con la mirada… eso es ser observador, eso es tener «un ojo experto como el tacto de un hombre ciego» —un tacto capaz de distinguir un caballo blanco de uno negro—, un ojo de detective capaz de leer las señales más débiles. Cuando Thoreau estuvo en Cape Cod, se dio cuenta de que allí los caballos tenían un músculo en la cadera excesivamente desarrollado a causa del continuo desequilibrio que ofrecía la arena al ceder bajo sus patas. La vista de Thoreau se ceñía al detalle. En el trascurso de una gran fiesta en París, a la que acudieron tanto la emperatriz Eugenia de Montijo como la reina Victoria, un periodista hizo una observación: cuando los personajes reales iban a sentarse, Eugenia se giraba antes de hacerlo, para cerciorarse de que la silla estaba de veras allí, mas la reina Victoria se sentaba sin darse la vuelta, segura de que habría un asiento preparado para ella, siempre lo había habido y siempre lo iba a haber. El corresponsal infirió que el incidente mostraba la diferencia entre nacer miembro de la realeza

y convertirse apresuradamente después. Me pregunto cuántas personas en aquella concurrida reunión hicieron esta observación; seguramente muy pocas. Denotaba un don para ver las cosas.

Si nuestra capacidad de observación fuese lo suficientemente rápida y certera, sin duda adivinaríamos la mayoría de trucos del prestidigitador. Nos engaña porque su mano es más hábil que nuestro ojo. Capta nuestra atención y luego nos hace ver sólo lo que él quiere que veamos.

En el campo de la historia natural, se nos escapan las cosas porque los actores son pequeños y el escenario es muy grande y está en cierta medida encubierto y obstruido. El movimiento es rápido frente a un fondo que tiende a ocultarlo más que a exponerlo. En una página impresa, el blanco del papel juega una parte casi tan importante como la tipografía o la tinta, pero el libro de la naturaleza está en un plano diferente: la página rara vez presenta un contraste entre blanco y negro, ni siquiera entre marrón y negro, sino sólo entre tonos similares, gris sobre gris, verde sobre verde o pardo sobre pardo.

Cuando hablo del observador minucioso no me refiero a un especialista meticuloso y de sangre fría:

> un esclavo de la clasificación,
> uno capaz de asomarse a herborizar
> la tumba de la mujer que lo crió[2],

[2] Extracto del poema de William Wordsworth «A Poet's Epitaph». Publicado en la antología *Lyrical Ballads, with a Few Other Poems* (1798).

sino a un hombre que mira con detenimiento y constancia la naturaleza y que percibe los rasgos individuales del árbol y la piedra y el campo, y que no permite que ningún matiz sutil del día o de la noche, del lugar o de la estación, se le escape. Sus sentidos son tan finos que en sus paseos vespertinos siente tanto las rachas cálidas como las frescas en el aire, su nariz detecta los aromas más fugaces, sus oídos, los sonidos más furtivos. Mientras reflexiona inmóvil en el crepúsculo de abril, oye el delicado revuelo, el susurro esquivo que hacen las lombrices al salir de sus agujeros en busca de hojas y hierbas; oye el silbido de las alas de la agachadiza cuando pasa rauda junto a él al anochecer; oye la llamada del chorlitejo colirrojo ondulando por el cielo de marzo; oye muy por encima de él, cuando rompe la mañana, el gorjeo chirriante de los zanates canadienses que llegan en su viaje hacia el norte; oye la llamada suave, prolongada, arrulladora del mochuelo cabezón sobre los enebros en el crepúsculo de principios de primavera; oye por la noche el rugido de la alejada catarata y el ruido sordo del tren a muchos kilómetros campo a través cuando el aire está «hueco»; antes de la tormenta percibe cómo lo que está distante se destaca y se acerca en esos días radiantes que auguran una tempestad. Cuando el mercurio marca cero o por debajo, percibe que los trenes que pasan silban y bullen como si los raíles o las ruedas estuviesen al rojo vivo. Lee las señales sutiles del clima. Las estrellas por la noche le pronostican el tiempo del día siguiente, las nubes de la tarde y de la mañana son también una señal. Sabe reconocer la diátesis de clima húmedo

y la diátesis de clima seco o, como dijo Goethe, la afirmación y la negación del agua, e interpreta los síntomas en consecuencia. Es vivamente consciente de todas las impresiones exteriores. Cuando desciende de una colina en el crepúsculo de otoño, percibe el aire más frío del valle como un lago que lo envuelve; advierte cómo, en otras estaciones, el aire más frío a veces se asienta entre las montañas como una gran masa de agua, delatada por la marca del nivel de la niebla o de la escarcha sobre los árboles.

El hombre actual mira la naturaleza con empatía y amor allá donde antes la miraba con temor y superstición. De ahí que vea con más detalle y fidelidad; la ciencia ha hecho que su mirada sea limpia y serena. Al viajero precipitado que cruza una tierra, las granjas y las casas de campo le parecen todas iguales, pero para las personas que han nacido y se han criado allí, ¡menuda diferencia! Ellas leen la delicada huella que escapa al ojo apresurado y que está tan llena de significado. Cada línea en el horizonte, cada curva de la colina o del valle, cada árbol y piedra y manantial, cada giro en el camino y cada panorámica en el paisaje tiene sus rasgos particulares y produce su propia impresión.

Walter Scott escribió en su diario: «Nada es más cansado que andar por un bello paisaje con un filósofo meticuloso, un botánico o un coleccionista de piedrecitas que no para de subrayarte desde los grandes rasgos de la escena natural hasta las hierbas y los guijarros». Sin ninguna duda, la forma de mirar las cosas de Walter Scott,

extensa y generosa, aviva la imaginación y toca los sentimientos más que la forma meticulosa del especialista. La naturaleza que nos brinda Walter Scott es como el aire y el agua al alcance de todos, mientras que lo que nos ofrece el especialista es más como un elemento o sustancia particular que sólo unos pocos pueden apropiarse. Pero Walter Scott tenía sus especialidades, también, las especialidades del cazador: era el primero en ver los ojos de la liebre metida en su madriguera y conocía las costumbres de los lagópodos, faisanes y truchas. El observador ideal transforma el entusiasmo del cazador por los cauces de la historia natural y se lleva a casa un trofeo más admirable que el que una bala o perdigón haya hecho caer nunca. Él también tiene ojo para el zorro y el conejo y los patos migradores, pero los ve con los ojos del amor, no con los de la muerte.

III

Si ver las cosas es un arte, se trata del arte de mantener los ojos y los oídos abiertos. El arte de la naturaleza está totalmente enfocado al ocultamiento. Los pájaros, los animales, las criaturas salvajes en su mayoría intentan eludir tu observación. El arte del ave es esconder su nido, el arte de la presa que acechas es hacerse invisible. La flor busca atraer a la abeja y a la polilla con su color y perfume porque le son de ayuda, pero supongo que se escondería de excursionistas y campistas si pudiera, pues la arrancan de

raíz. Capacidad de atención y una mentalidad sensible a lo exterior, ahí está el secreto de ver las cosas. ¿Puedes traer al frente todas tus facultades, como si muchas caras se asomasen a las puertas y ventanas de una casa, o vives retirado contigo mismo, encerrado en tus propias meditaciones? El pensador pone todas las capacidades de su mente en la reflexión, el observador pone todas las capacidades de su mente en la percepción, cada una de sus facultades está abierta al exterior, la mente entera mira a través de los ojos y escucha a través de los oídos. Tiene una mentalidad objetiva, en contraposición a una subjetiva. Una persona con esta última mentalidad ve poco. Si estás ocupado con tus propios pensamientos, puedes cruzar un gabinete de curiosidades sin ver nada.

Por supuesto, la capacidad de observación debe cultivarse como cualquier otra. Los sentidos de la vista y el oído pueden hacerse más rápidos y entrenarse, como el sentido del tacto. Las personas ciegas llegan a desarrollar unas capacidades táctiles maravillosamente agudas. Sus pies encuentran el camino y lo siguen. Llegan a conocer la configuración del terreno a través de los sentidos y reconocen los caminos y los pavimentos que ya han pisado. Helen Keller lee lo que dices poniéndote la mano en los labios y se emociona con la música de un instrumento a través del mismo sentido del tacto. La percepción de los escolares debería entrenarse tanto como sus capacidades de reflexión y memoria. Una profesora en Connecticut, la señorita Aiken —cuyo trabajo en el entrenamiento mental recomiendo a todos los profesores—, ha dado con un

método sencillo e ingenioso de hacer esto. Tiene una pizarra giratoria en la que escribe diversas cifras, números, palabras y frases que deja que la clase vea durante uno, dos o tres segundos, según el caso, y luego les pide que copien o repitan lo que había escrito. Con el tiempo se vuelven asombrosamente rápidos, en especial las niñas, y pueden asimilar multitud de datos de un solo vistazo. A los detectives, tengo entendido, los entrenan con un método parecido; los pasan rápido por delante de un escaparate, por ejemplo, y les piden que nombren y describan los objetos que han visto. La vida misma, por supuesto, es más o menos una escuela de este tipo, pero la capacidad de concentración de la atención en la mayoría de las personas necesita estímulo. Aquí es donde entran los beneficios de las escuelas de capacitación manual. Para *hacer* una cosa, para crear algo, las capacidades de la mente tienen que estar centradas. Un muchacho que construye un barco obtiene algo que ni todos los libros del mundo pueden darle. Lo concreto, lo evidente, la disciplina de lo verdadero, los valores pedagógicos que subyacen aquí no se aprecian lo suficiente.

IV

El libro de la naturaleza es como una página sobrescrita o impresa con caracteres de distintos tamaños y en muchos idiomas diferentes, intercalados y cruzados, y con una gran variedad de notas al pie y referencias. Hay grabados